

RADICALES (MUY) LIBRES



J. de Mendoza

Catedrático jubilado de Química Orgánica
(Universidad Autónoma de Madrid)
Profesor Emérito, Instituto Catalán
de Investigación Química
(ICIQ, Tarragona)
C-e: jmendoza@iciq.es

Fair Play

Javier de Mendoza

Hablemos hoy de marrullerías, que no alcanzan la categoría de delitos. El juego limpio es un requerimiento ético consustancial a cualquier persona honrada, tanto en su profesión como en su vida privada. Es una forma de vivir. Desgraciadamente, la mentira, las medias verdades, la argumentación sectaria o la manipulación son herramientas comunes en nuestra sociedad, a todos los niveles. De los políticos prefiero no hablar, pues necesitaría mucho más espacio que estas breves líneas para «glosar» tan sólo algunas de sus mentiras, incumplimientos y contradicciones. En esta columna, en una revista de química, debería sobre todo referirme a los ejemplos de falta de *Fair Play* en el mundo científico y académico, y lo voy a hacer, pero déjenme antes poner algunos ejemplos extraídos del mundo del deporte. No me referiré obviamente al fútbol, que es ya más un negocio que una actividad deportiva, pues basta con escuchar a entrenadores y periodistas especializados cuando afean a un jugador que no provocara un penalti tirándose a la piscina o no cortara un contrataque con una falta descarada por la espalda. Buscaré casos no tan comentados en el ámbito de otros deportes menos populares, de esos de los que nos acordamos sólo una vez cada cuatro años. Me refiero, naturalmente, a los juegos olímpicos, y es buen momento, ahora que acaban de finalizar los últimos, para abordar el tema.

Los tiempos del barón de Coubertin, fundador del movimiento olímpico ya resultan lejanos, y aquello de que lo importante es participar suena a broma cuando todos los países sin excepción buscan únicamente maximizar el número de sus medallas, importando poco o nada quien quede clasificado más allá del tercer lugar. Y todo como expresión de un nacionalismo tribal, hoy en día dominante en el planeta. Ya he escrito en alguna ocasión que sin banderas, expresión máxima de ese nacionalismo, los juegos olímpicos no existirían.

Las olimpiadas de Roma de 1960 fueron las primeras que seguí por televisión, siendo adolescente. Desde entonces he procurado verlas todas, y confieso que disfruto mucho con las proezas y la entrega de los atletas, así como por la variedad de deportes que muestran, lejos de los dos o tres de siempre. Invariablemente, los periodistas se esfuerzan en glosar las hazañas de sus compatriotas, a menudo dejando de lado las de participantes de otros países, salvo si son

muy famosos. Siempre que me pillaron olimpiadas fuera de España, me pareció ver una competición distinta. Junto a los deportes más tradicionales, como atletismo, natación o gimnasia, los franceses hablaban de equitación, esgrima, rugby, los cubanos de boxeo, mientras los españoles lo hacíamos de esos deportes minoritarios que hemos ido descubriendo y que nos nutren de medallas. Parece que todo vale en pos del podio y de la gloria nacional. En la olimpiada que acaba de terminar, un conocido locutor afirmó sin pestañear que esta vez Polonia no lo estaba haciendo demasiado bien. Veamos: Polonia, 38 millones de habitantes, un PIB de 642.000 millones de dólares y 13 medallas en Tokio 2020, de las cuales 4 han sido de oro, todas en atletismo. España, 47 millones de habitantes, 1.461.000 de dólares de PIB (más del doble) y 16 medallas, con 3 de oro, pero en tiro por parejas, kata y escalada deportiva. Sobran comentarios. Recuerdo que cuando en 1960 conseguimos una medalla de bronce en hockey sobre hierba, tras India y Paquistán, después de muchos años de sequía, todos lanzaron las campanas al vuelo. Por un momento pensé que nuestros jugadores llevaban turbantes, como los que siempre ganaban, hasta que descubrí que la mayoría procedían de un solo club, el Egara, especialista en ese deporte, no me pregunten por qué. Tras el éxito de Barcelona 92, que nos llenó de medallas, fruto de cuantiosas inversiones y ejemplar planificación, nos hemos estabilizado en una cifra alrededor de 20, y sin tantas de oro, por el menor esfuerzo institucional y la menor atención que seguimos destinando al deporte de nuestros jóvenes en relación a nuestros vecinos europeos, a pesar de utilizar todo tipo de estrategias para abultar el medallero. Eso lo hacen todos los países, me dirán, y es cierto. Casi todos los finalistas de las carreras atléticas de las últimas olimpiadas eran atletas de color, a pesar de que lucían en sus camisetas las banderas de multitud de países nórdicos, a cuyos habitantes siempre imagino rubios y de ojos azules. En Tokio me sorprendió un encuentro de tenis de mesa entre una jugadora de Hong Kong y otra alemana, que luchaban por la medalla de bronce. Ambas eran inequívocamente asiáticas, pero una, la de Hong Kong, iba teñida de rubio, al contrario que la representante de Alemania, que conservaba su color de pelo natural, casi negro. Vistas de

lejos, parecía que llevaran las banderas cambiadas. Pero, anécdotas aparte, habremos de admitir que en esos temas de transfuguismo deportivo, la indiscutible medalla a la chapuza nos corresponde por derecho propio. En las olimpiadas de invierno de Salt Lake City 2002 acudimos con nuestra máxima estrella, un campeón de esquí nórdico, deporte exótico por estas latitudes, llamado Johann Mühlegg, que se había enfadado con su federación alemana y fichó, sin dudar, por la española. Hasta fue rebautizado popularmente como «Juanito» Mühlegg. Así, vestido de nuestros colores y enfundado en nuestra bandera, Juanito nos llenó de orgullo con tres medallas de oro, aunque fuera fugazmente, pues le fueron retiradas pocos años más tarde al descubrirse su irrefrenable afición por la química farmacéutica. Algo debieron olerse los alemanes, Aquí, lo clásico. No recuerdo que nadie pidiera perdón, fuera cesado o dimitiera.

He ilustrado hasta aquí algunos comportamientos ventajosos o dudosamente éticos en el deporte, aunque perfectamente legales. Tengo que añadir que en algunos deportes, casi siempre de origen británico, el código de honor es la regla sagrada. En la modalidad de billar *snooper*, cada vez más popular gracias a la televisión, los propios jugadores señalan al árbitro cuando cometen una leve falta, como tocar sutilmente con el taco una bola que no corresponde. Y qué decir del rugby, deporte duro donde no haya, pero en el que jamás se cuestiona una decisión arbitral o se actúa con brutalidad, a pesar de los frecuentes contactos y golpes que resultan de los lances del propio juego.

Pero dejemos el tema deportivo que ha servido de aperitivo a esta crónica y pasemos a la ciencia, de nuevo sin hablar de delitos. Las publicaciones científicas ofrecen un catálogo interminable de ejemplos. ¿Quién no ha sentido alguna vez la tentación irreprimible de omitir, en una tabla de resultados, algún caso que no funciona igual de bien que los demás? En síntesis orgánica es frecuente que, para ilustrar un nuevo método, se pruebe éste con distintos sustratos. Si alguno funciona peor, se borra de la lista y ya está. Y no sólo es por la vanidad de los autores. A ello contribuyen también los editores de las revistas, cada vez más deseosos de resultados brillantes que aumenten sus índices de impacto, por lo que son reacios a aceptar artículos que señalen las limitaciones del método propuesto. Ni unos ni otros se dan cuenta de que otros autores, cuando intenten emplear el método descrito y observen que en su caso no funciona, lo indicarán inmediatamente, y el descubrimiento dejará pronto de ser útil.

También a menudo se vulnera el orden que establece el método científico, anteponiendo los resultados a las hipótesis de trabajo. Es el llamado método *hark*, término inglés que significa «escuchar con atención», pero que también es acrónimo de *hypothesis after results are known*, práctica más común de lo que se cree. Sin embargo, la inmensa mayoría de faltas a la objetividad en las publicaciones científicas derivan de la vanidad de sus autores al intentar maximizar sus propios logros. Todos sabemos de famosos científicos, químicos o de otras áreas, que en sus conferen-

cias exponen sus resultados sin dar el mínimo crédito que merecen sus antecesores en el tema, ni siquiera quienes tuvieron, antes que ellos, la idea central del descubrimiento descrito. Casi nunca los mencionan, y a menudo sus charlas se convierten en tediosos discursos propagandísticos a la mayor gloria de su autor, ilustrados con impactantes archivos de *PowerPoint*, más propios de una convención de ventas que de un acto científico. ¿Qué sería del mundo si ellos no hubieran nacido? parecen decirnos. Otras veces, esas mismas «omisiones» aparecen también en sus publicaciones, si bien en estos casos subsiste un mayor riesgo, si algún *referee* escrupuloso les recuerda quién fue el pionero o verdadero descubridor de la idea que reclaman para sí mismos. Y aquí quiero detenerme brevemente en un par de «trucos» que he detectado a lo largo de mi vida académica, y que ilustran bien la falta de *Fair Play* de algunos autores. Hay casos en los que la cita al pionero es obligada, por tratarse de un trabajo relativamente conocido. Si ese descubridor no está al frente de un grupo potente, con una amplia productividad científica, está perdido, pues el famoso lleno de colaboradores que se apropia de la idea la desarrolla tanto que consigue que se hable más de él que del que en realidad la descubrió, y llega un momento en que el «invasor» publica un artículo de revisión, que por supuesto contiene la cita obligada, además de las suyas propias, mucho más abundantes, pero que tiene el efecto de que, a partir de entonces, deja ya de mencionar al pionero, mandando directamente al *review* que al respecto él mismo ha publicado, y en el que sí consta. La segunda táctica es incluso más sutil y perversa. Para prevenirse frente al revisor que le afea no citar al verdadero inventor, lo hace pero fuera de contexto. En lugar de figurar entre las primeras citas del texto, el artículo pionero es mencionado mucho más adelante, con una excusa marginal, como puede ser la preparación de un producto intermedio o en la parte experimental. Vanidad, sólo vanidad, todo vanidad...

Quiero finalizar con una mención a los argumentos basados en datos incompletos o sesgados, fórmula habitual en el mundo de la política. En una tertulia o debate literario, artístico, o incluso ideológico, cada uno intenta convencer a los demás de las tesis que defiende mediante argumentos dialécticos. Rara vez lo consigue, pues las ideas de los demás suelen ser tenaces, pero cuando el debate es entre científicos o sobre temas históricos o técnicos, las afirmaciones siempre se apoyan en datos, presentados como irrefutables. El problema aparece cuando los datos que se exponen en defensa de una opinión, son parciales o faltos de objetividad, pues sólo se mencionan los más favorables a las tesis de quien está hablando. Como en el ejemplo antes citado de la línea que falta en la tabla, los datos incompletos suelen causar impacto casi inmediato pero, como las mentiras, tienen las patas cortas y al final la verdad acaba prevaleciendo. Eso ocurre a veces en ciencia, ya que en otros órdenes de la vida la escasa memoria colectiva y la propaganda mediática casi siempre consiguen su propósito.

JAVIER DE MENDOZA